



PRIMERA PARTE

LOS ANTECEDENTES

El día 7 del pasado Febrero me encontraba en la heroica ciudad de Veracruz, a donde había llegado la noche anterior en viaje de negocios. Grande era mi deseo de marchar inmediatamente a la capital de la República, residencia de la prometida de mi corazón; empero, una circunstancia me retuvo por algunas horas más en el puerto: el natural deseo de obtener detalles fidedignos acerca de los graves acontecimientos ocurridos allí en Octubre último, con motivo de la sublevación del señor Brigadier Don Félix Díaz.

El amigo locuaz

Casualmente, la noche de mi llegada fui presentado en una cantina del puerto, a un joven amigo que departía con algunos compañeros acerca de la política. El joven, que tenía los rasgos característicos del hombre de la costa:—alto, delgado, moreno, de ojos vivos y de movimientos un poco lánguidos,—había apurado algunas copas de coñac y estaba poseído por el espíritu de la locuacidad.

—¿Conque Ud. es extranjero?—me dijo a raíz de la ceremonia de la presentación.—Pues lo deploro, mi amigo. Con estas cosas que suceden en México, nosotros queríamos que ningún extraño nos visitara. Le aseguro a Ud. que esto da vergüenza....

Calló por breves instantes, mientras yo sonreía con una de esas sonrisas que no quieren decir absolutamente nada. Después,

volviendo hacia mí el rostro bronceado, lleno de fuego juvenil, continuó:—Cuando Ud. vaya a su patria, no cuente, yo se lo suplico, cómo gana batallas el ejército mexicano de hoy día... ó mejor dicho, cómo ganan batallas ciertos generales mexicanos. No cuente Ud. que aquí, un militar que dispone de varios miles de hombres y de poderosa artillería, apela, para tomar una plaza defendida por un puñado de insurrectos, a la estratagema de unas banderitas blancas. Guárdese Ud. en su memoria los detalles de esa tracción, pero no los relate...

—Mi querido amigo—repuse yo apenado,—quien hable fuera de México de las cosas de este país, no tiene por qué apelar a las páginas históricas de una guerra civil. Para eso están ahí, entre mil hazañas, el sitio de Cuautla y la batalla del 5 de Mayo... Por otra parte, y sea cual fuere la conducta de ese general a quien Ud. alude, no se juzga de la grandeza de un pueblo por un hecho aislado, y mucho menos si ese hecho pertenece a un trastorno intestinal...

—Gracias, contestó el joven con efusión, interrumpiéndome. Gracias. Es Ud. muy generoso y muy comprensivo.

Y me invitó a tomar una copa, que yo acepté.

Pocos minutos después, y luego de haber correspondido a la galante invitación de mi nuevo amigo, me despedía de él para ir a mi hotel. Tuve ocasión, sin embargo, de hablar esa misma noche con otras personas, y pude notar, cuando de política se trató, que la opinión y el sentimiento predominantes en la ciudad eran el sentimiento y la opinión expresados por el joven locuaz.

¿Una conspiración felixista?

Al día siguiente, muy temprano, salí de mi alojamiento y me eché a vagar por las calles del puerto. Soplaban un airecillo frío, saturado generosamente por las sales del mar: aire grato, que obraba sobre el organismo como un tónico, y que para mí era particularmente amable, porque me traía evocaciones de niñez, fragancias de juventud, perfume de sueños... Caminando, caminando siempre al azar, fui a detenerme en uno de los muelles. Ni el ajetreo propio de aquel sitio me volvió a la realidad de la vida. Mi alma, en las alas del deseo, volaba hacia la metrópoli rumorosa, por sobre las altas montañas... Volaba hasta detenerse junto a

una reja de la Calle Ancha, en México. A través de los hierros de esa reja veía un torso de mujer joven, de veinte años, graciosa y adorable. Sobre la espalda se derramaba, como el oro profuso que el ensueño pone en sus creaciones, una cabellera purísima, brillante y olorosa. Después, la amada figura volvía el rostro. Era de líneas puras, de una armonía clásica; los ojos, garzos, llenos de mansedumbre, hablaban de íntimas ternuras y de castos arrobamientos... Súbitamente los labios, rojos y perfectos, se entreabrían como para pronunciar una palabra de amor; en tanto que de los míos se escapaba, con toda la efusión de los gritos pasionales, esta dulcísima palabra:

—¡Amparo!

La charla de unos estibadores me sacó de aquel éxtasis. A la sazón, yo me encontraba nuevamente en la ciudad, pues sin sentirlo había desandado el camino. Perezoso de ir al hotel, me metí en el primer restaurante que hallé a mi paso y pedí el desayuno.

Mientras lo servían, pude enterarme de la conversación que sostenían un español y un mexicano. Se trataba nada menos que de una sonada conspiración en favor de Don Félix Díaz.

—...¿Para libertarlo?—dijo el español, con acento marcadamente madrileño.

—Eso decían los periódicos gobiernistas,—repuso el mexicano. Pero ¡vaya Ud. a creerlo! Es bien curioso que en México se supiera de tal conspiración, y que los que estábamos aquí, en el propio Veracruz, no supiéramos ni una palabra.

Por lo que oí después, pude formarme idea clara del asunto. En efecto, días atrás se había hablado en la prensa de la metrópoli, y en ciertos corrillos del puerto, de esa famosa conspiración. Dizque debían hacerla los amigos del Brigadier preso en San Juan de Ulúa, para ponerlo en libertad. Dizque él una vez libre, encabezaría un nuevo movimiento contra el Presidente Madero. En fin, dizque mucha gente de Veracruz, simpatizadora del jefe revolucionario, estaba comprometida en la misteriosa y arriesgada empresa...

Según pude saber, los enemigos del Gobierno atribuían los rumores de tal conspiración, a una treta de los maderistas; o, para emplear la palabra propia, a una treta de LA PORRA... ¿Con qué fin?—Con el de asesinar al Brigadier Díaz dentro del calabozo que ocupaba en la prisión....

A fuerza de tanto como se hablaba de la conspiración de maderas, el Gobierno de México llegó a dar crédito a los rumores; y, temeroso de que llegasen a convertirse en hechos, ordenó que el Brigadier rebelde fuera trasladado a la metrópoli. Esto había sucedido ya para la fecha en que yo me encontraba en Veracruz. Sin embargo, aún seguía hablándose allí de la supuesta intentona contra el régimen constituido.

El éxodo de los mexicanos prominentes

En general, la opinión pública en la ciudad veracruzana era hostil al Gobierno del Sr. Madero. Los errores y las ignominias que, — en concepto de esa misma opinión, — habían cometido los hombres que rodeaban al Presidente; la falta de prudencia y aptitudes de éste; la conducta observada por el Brigadier Díaz en la semana en que fué dueño del puerto; y además, la traición de que había sido víctima, a juzgar por lo que afirmaba la voz de la calle, — daban hincapié y robustez al sordo sentimiento de oposición y a la correlativa simpatía en favor de Don Félix.

A tales deducciones había llegado yo, — simple extranjero observador, — cuando tuve oportunidad de tropezar con el joven locuaz á quien había sido presentado la víspera.

Me saludó con un fuerte apretón de manos. Hablamos del tiempo, de los buques surtos en el puerto, de la situación del comercio, y de otra porción de cosas; hasta que, como era natural, mi interlocutor encontró la cuerda política. Y aquí si se explotó de lo lindo.

—El país está cansado, — me decía. Se le ofreció democracia y no se le ha dado sino desorden. Nadie puede trabajar. Por todas partes encuentra Ud. partidas de bandoleros que incendian las haciendas, que saquean los pueblos, que vuelan los puentes, que asaltan los trenes, que asesinan mujeres y niños indefensos, que todo lo destruyen y lo arruinan. Los salteadores se multiplican de tal suerte, que parece que los brotara la tierra. Nadie puede emprender un negocio, ni explotar una mina ni arar un campo. Entre tanto, se pretende que nos resignemos, dizque porque se pueden publicar periódicos en que se echa la culpa de todo esto al mismo Gobierno. . . ¿De qué sirve la li-

bertad de escribir, si no hay la libertad de vivir y de trabajar? No, mi querido amigo: la situación es insostenible.

Yo oía todo esto; yo veía que el joven iba alterándose a cada nuevo cargo formulado contra la Administración. Pero él buscaba en vano en mis labios el gesto delator de un franco asentimiento, pues mi condición de extranjero me obligaba a ser absolutamente neutral.

El joven volvió a decir:

—Todo el que tiene intereses de consideración en este país, sea nativo o extraño, procura convertirlos en dinero y salir cuanto antes hacia tierras mejor gobernadas; hacia la seguridad; hacia el orden. Es un éxodo continuo. Los que vivimos en este puerto podemos darnos cuenta de ello mejor que los que viven en la capital. Y no sólo se van los hombres de dinero: se van también los hombres de talento, de influencia, de prestigio: se van los intelectuales, porque a ellos no sólo no se les llama, sino que se les extorsiona. Se van los que han servido a la Patria, y los que deberían estar rigiendo sus destinos. Y si no, allí va un ejemplo: ¿no ha oído Ud. hablar del General Mondragón?

—Cómo no, — le repuse, y agregué un elogio para aquel prestigioso militar.

—Pues bien, — siguió diciendo mi amigo, — a ese hombre le debe México grandes servicios. Como artillero, es un verdadero maestro; un técnico de vastos y profundos conocimientos. Y ese hombre, despreciado, calumniado, extorsionado por la Porra, se va del país, donde, a buen seguro, no queda quién lo reemplace. ¿Por qué se va? Por la misma causa que otros han tenido y tienen para irse: porque este Gobierno no puede vivir sino entre las nulidades.

Hubo un silencio, que mi locuaz compañero de cantina rompió al fin para enseñarme un periódico de la capital. Leí: era la noticia de que el Gral. Mondragón partiría en breve para La Habana, y de allí para Europa.

—El éxodo de todo lo que vale, — agregó, por último, el joven. Dentro de poco, México será un inmenso corral, en cuyos linderos se alzarán una tabla con esta leyenda:

ESTA TIERRA, CON TODOS SUS BORREGOS, ES PROPIEDAD DE OJO PARADO Y COMPAÑIA.

Yo miré en torno, por si estaba por allí algún gendarme secreto. Y, temeroso, me despedí del exaltado antimaderista.

En el Tren.

Al día siguiente, muy temprano, tomé el tren que debía conducirme a la capital de la República. Metido en mi carro, entre gentes que me eran por completo desconocidas, volví a vagar en torno de aquella casa de la calle Ancha, que escondía, tras las rejas de hierro de apariencia casi colonial, la graciosa y delicada figura de mi novia. . . . Y revoloteó mi fantasía de enamorado con íntimo deleite, como las mariposas de los jardines abriales revolotean en torno de las rosas recién abiertas, llenas de fragancia y de mieles.

De vez en cuando, dejaba vagar mis ojos por el paisaje que se extendía ante mí. Campos feraces, llenos de la fuerza secreta y de la savia magnífica que nos da las cordiales ofrendas de los frutos. "Es deplorable,—pensaba yo,—que una convulsión interna, que amenaza hacerse crónica, no permita labrar estas tierras en paz, sin sobresaltos, con aquella confianza que es generoso estímulo y vital condición de todo trabajo."

Junto a mí, en sus asientos, departían y roncaban, alternativamente, dos viajeros de aspecto aindiado, robusto el uno (que se llamaba Don Cosme,) magro y huesoso el otro, (que se llamaba Don Camilo.) Oíalos yo en sus conversaciones, salpicadas de graciosas palabras indígenas. Cuando uno de ellos se percató de que yo les miraba, dirigióme la palabra:

—Hemos venido con felicidad, me dijo.—Quién sabe si nos ocurrirá algún percance.

—Por qué?—le pregunté un poco azorado.

—Ah!—repuso Don Cosme, que era el que hablaba; porque en estos tiempos está uno expuesto a que, a lo mejor, una partida de rebeldes haga descarrilar el tren y se lance sobre los pasajeros para saquearlos. Y gracias cuando uno escapa siquiera con vida.

Yo apenas repuse. Volvimos a nuestro silencio, como enemigos que suspenden el fuego por virtud de un armisticio. De tal situación vino a sacarnos el otro viajero, Don Camilo, quien, guiñando picarescamente los ojos y tomando de su maleta de viaje una botella de pico largo, me la ofreció con estas palabras:

—Es tequila legítimo, del Llano. Beba Ud.

Rehusé cortésmente; y para que no entendiesen mi negativa

como un desprecio, les hablé de la belleza de los paisajes que se presentaban ante nosotros.

No entendieron ellos gran cosa de mis expansiones estéticas, y prefirieron volver a hablar de la situación del país.—Este fué Don Cosme, que era antimaderista como casi todo el mundo.

—Horrible, horrible!—decía el buen señor, mientras hacía jugar sus dedos regordetes sobre el abdomen, donde quizás se encabritaba el tequila.

Todo un pliego de cargos!

Figúrese Ud.,—siguió diciendo el viajero,—si podrá haber democracia ni libertad en un país donde la industria más lucrativa para ciertas gentes es la revolución armada, y donde los hombres que gobiernan no hacen sino estimularla con sus desaciertos.

A esto repuso Don Camilo, el anciano magro y huesoso, más inclinado a la indulgencia para con el Gobierno:

—Compadre, pero hay que recordar que el que algo quiere algo le ha de costar. Teníamos dictadura con el General Porfirio Díaz, y nos aburríamos con ella. No me diga que no, porque hasta Ud. mismo fué maderista.

—Y no lo niego, interrumpió el hombre obeso; el maderismo fué como una lepra que a todos nos contagió.

—Porque todos queríamos la democracia, SUFRAGIO EFECTIVO Y NO REELECCION. Pues bueno, la democracia es la que el Gobierno trata de realizar; no más que no lo dejan; porque desde el PELADO que se lanza a robar en los campos, hasta los políticos que conspiran desde su gabinete, en la capital, todo el mundo le pone trabas a la obra de Madero. Y así, francamente. . . .

—Ah caray!—repuso el otro señor; habla Ud. como si fuera conserje del palacio nacional.—¿Ud. concibe democracia sin orden, sin libertad para trabajar? ¿Ud. concibe democracia en un país donde ocurren cosas como los asesinatos de Covadonga por una horda de facinerosos, y asaltos a los trenes de pasajeros, como los de la Cima y Ticumán? ¡Qué equivocado está!—Por otra parte, eso de la implantación del régimen democrático no ha sido sino el subterfugio, la engañifa, para poder abusar del pueblo. Pero raspe Ud. la cáscara de ese madero, y verá como hierve por den-

tro la gusanera: el robo, el monopolio, la imposición, el favoritismo...

—Pero...

—No hay pero que valga. A los hechos me atengo. ¿Por qué hay tanta zambra y tanto MITOTE en los Estados? Porque el Gobierno no ha hecho otra cosa que imponer Gobernadores, unas veces disimuladamente, y otras veces con todo descaro. Ya ve Ud., si vamos al Congreso, las maquinaciones que denunció el Diputado Querido Moheno: que por orden de Gustavo, el hermano del Presidente, se hacían credenciales por partida doble, y se burlaba con suprema y repugnante impudicia la voluntad de los candidos electores. ¡Como si los que votamos fuéramos borregos!... Y esa es la democracia... ¡Que se vaya al diablo!

Yo callaba obstinadamente. Sólo de vez en vez, obligado por una mirada muy viva de uno de los interlocutores, hacía un signo equívoco con la cabeza, ó me aventuraba a proferir una interjección:

—¡Ah, caramba!—¿Sí? Eso han hecho? ¡Ajá...!

El orador (porque ya Don Cosme hablaba como si estuviera en la tribuna de un club de pueblo) continuaba impertérrito:

—La revolución nos devora. El zapatismo nos come. A unas cuantas leguas de México, Emiliano Zapata tiene su madriguera. Yo creo que en pocos países del mundo se habrá visto una banda de facinerosos tan formal y sólidamente organizada. Son tres mil por un lado, dos mil por otro, mil por el de más allá. ¡Un horror! ¡Un horror! Y cuando no es Zapata, son sus tenientes: Genovevo de la O, el tuerto Morales, y así otros y otros.

Hubo un silencio, durante el cual Don Camilo había bajado la cabeza, vencido por la fogosa peroración de su amigo; mas éste reanudó los fuegos con tono misterioso, como el de aquel que va a revelar algo profundamente trascendental:

—Y ¿sabe Ud. por qué puede vivir el zapatismo con todos sus crímenes, todos sus robos, todos sus incendios, y todas sus abominaciones, como un cáncer que roe el corazón mismo de la Patria?—Pues admírese Ud... ¡Porque un alto personaje de la familia del Presidente, le manda armas y parque, desde la metrópoli, en automóviles y con agentes que paga el mismo Gobierno! ¡Esto es horrible, horrible!

Yo, como en la cantina de Veracruz, miré en torno, por si había por allí algún individuo sospechoso de ser de la Reserva-

da. Pero confieso que en esta vez, y ante las tremendas afirmaciones de Don Cosme, sentí como si una onda de indignación sacudiera mis carnes.

La Danza de los millones

—Y no es esto no más, añadía poco después el rabioso antimaderista. Hay algo peor: y es la ruina del crédito y del prestigio de la Patria. Cuando Don Porfirio se fué, México gozaba de estimación y de confianza en el extranjero. En las arcas había sesenta millones de reservas. Pues bien, esa estimación, ese crédito, están por los suelos; las reservas se han agotado en unos cuantos meses; el Gobierno no se cansa de pedir al Congreso, y el Congreso de concederlos, millones y millones y más millones, dizque para la pacificación; y la pacificación no viene; y lo que sucede es que los hombres de la familia Madero se enriquecen, y con ellos cuantos van a adular al Presidente o a su hermano, y cuantos les ayudan como miembros de la Porra. ¡Pero no es de extrañar! Con un Presidente que tiene la impudicia de nombrar Ministro de Hacienda a su propio hermano...!

Como si quisiera buscar pretexto para hablar de otra cosa, Don Camilo volvió a sacar la botella de tequila, que presentó a su amigo. Este la recibe, la lleva a la boca, la inclina, traga, y torna a la carga:

—El favoritismo impera. Es la única norma de los hombres que nos mal gobiernan. Los banquetes menudean: muchas veces sobre la sangre y los cuerpos chamuscados de la pobre gente trabajadora asesinada en una hecatombe como la de Puebla, se levantan las rebosantes copas de champaña. Y banquete va y banquete viene, mientras la Patria se arruina. Por otra parte ¿quién puede negar que los Maderos contrajeron compromisos con poderosas empresas extranjeras? ¿No ha leído Ud. las revelaciones hechas en "El País" sobre este asunto? Pues es un hecho que la Standard Oil Co. dió dinero para la revolución contra Don Porfirio, a cambio de que, una vez triunfante el movimiento, se le dieran concesiones... Y esas concesiones, que no son un secreto para nadie, constituyen uno de los actos más leoninos, más repugnantes, más inmorales, con que Gobierno alguno pueda atentar contra la independencia y soberanía de la Patria. Y luego ¿qué

me dice Ud. del desartillamiento de Salina Cruz? ¿Por qué el Gobierno destruye, de la noche a la mañana, una obra que el gran Dictador caído levantó con todos los impulsos de su patriotismo para defender a México contra el yanqui? Pues señor, bonita democracia: Salina Cruz fué desartillado porque lo mandó así el enemigo tradicional de nuestro pueblo y de nuestra raza; y como los Maderos estaban ligados a ese enemigo por pacto secreto y bochornoso

El orador cobró impulso, y siguió diciendo en tono cada vez más alto:

—¡No: esto es infame! Este Gobierno tiene que caer: No basta que sea legal; también es legal la conservación de la autonomía nacional que Madero compromete peligrosamente. También es legal que los mexicanos podamos trabajar y vivir. El Ejército que defiende a Madero se equivoca si cree que cumple su deber: el primer deber, en esta hora de angustias, es salvar la Patria, que se hunde. ¡Y sólo una revolución que nos quite este Presidente loco y esos bribones ineptos que lo rodean, puede salvarnos! ¡Abajo Madero! ¡Abajo la Porra!

Al oír esto, yo quise brincar, tirarme del tren, hacer una barbaridad. Como extranjero, yo no podía decir una palabra; como hombre, como ciudadano del mundo, como latino, como amante de México, yo no podía admitir aquellas afirmaciones sin protestar contra ellas en alguna forma.

Afortunadamente, pocos minutos después los dos viajeros se apeaban en una estación, en la soledad sonora de un pueblecillo rural.

En el teatro de la tragedia

Si mi criado hubiera oído el entusiasta y exaltado discurso de Don Cosme, habría bailado de júbilo; es más: creo que le habría dado al orador el más efusivo de los abrazos. Porque mi criado era un antimaderista del pelo del viajero de marras. ¿Por qué? ¿Cómo había llegado a arraigar en el cerebro de un mozo tranquilo, bonachón y sereno, tan formidable sentimiento opositorista?—Nunca pude explicármelo. Quizás el pobre de Remigio creyó, como tantas gentes humildes, allá cuando la revolución de 1910, que el triunfo de ésta iba a significar para todos

los pobres el advenimiento de un Eldorado real y verdadero; o cuando menos, algo como la felicidad traducida en aumento de jornales y de sueldos, de bebidas y comidas, de trajes y mujeres hermosas . . . Y cuando el infeliz muchacho se convenció de que no venía en pos de la guerra sino la gaerra, con su cortejo de pobreza, de ruina, de horrores, varió radicalmente de ideas y se pasó al bando de la oposición.

Pero Remigio no había podido oír el discurso del buen señor, sencillamente porque venía en el carro de segunda.

Durante el tiempo que me faltaba para llegar a México, volví a pensar en Amparo. Idealmente, anticipándome a una realidad que yo creía cercana, saboreaba con fruición las palabras que habían de caer de los labios amados, los mimos, los reproches picarescos y amables . . . Y el oro vivo de la cabellera de mi novia ponía ante mí algo como una fascinación de mañana primaveral.

Tarde ya, el tren pitó, y más luego se detuvo en la estación. Mi pecho se ensanchaba y se oprimía alternativamente, emocionado con la perspectiva de la felicidad a cuyas puertas debía llamar mi mano trémula.

Yo no había advertido que, en esta vez, no acudían al tren, como de ordinario, los vendedores de periódicos, los agentes de hoteles, y así, todo ese gremio de luchadores que salen a encontrar al viajero para sacar de él los recursos de la vida. Fué sólo al detenerse el convoy cuando me di cuenta de tan extraña mudanza: la estación estaba obscura, silenciosa, vacía; por ninguna parte veíase ese ajeteo, ese vaivén, esa fiebre, que son características de las estaciones de las grandes ciudades. México no parecía entonces una populosa capital de seiscientos mil habitantes, sino una pobre y tranquila ciudad de provincia . . . ¿Qué había ocurrido?

Fué Remigio quien, bailando de gozo, vino a darme alguna idea de la causa de tanto silencio. Sabrá Dios dónde se había informado el pobre y leal servidor; pero es lo cierto que al saltar del tren ya con las maletas en la mano, me espetó esta estupenda nueva:

—Licenciado, albricias!

—¿Qué ocurre?

—Pues que agarraron presos a Madero y a Pino, y los EM-

FINARON.

—¿Cómo así?

—Pues señor, que el Ejército se sublevó y los cogió y los ahorcó. Sí, señor: así me lo dijeron: los ahorcó en un árbol del Zócalo.

—Hombre....

—Sí, señor; como lo oye. ¡Viva México! ¡Viva Porfirio Díaz! Ah, y dicen que en el Zócalo y en toda la ciudad hubo una mortandad espantosa.

Puse coto a las expansiones de Remigio, y me encaminé hacia la calle. Ni un auto, ni un coche, ni siquiera un cargador. A pié y andando tomé el camino del Hotel Berry, por toda la Avenida.

La visión luminosa, serena y dulce de Amparo me distrajo en breve de la penosa impresión que me hubiera producido la tremenda noticia de mi criado. Y así, lleno de esperanza, de amor y de ternura, llegué al grande y suntuoso Hotel, sito en la Avenida Juárez, no lejos de la Alameda.



SEGUNDA PARTE

LAS MATANZAS

Hubiera querido, apenas llegué a la Ciudad, enviar una tarjeta a mi prometida para saludarla, darle cuenta de mi arribo sin contratiempos y decirle algunas ternezas,—si es que todo ello no era asunto de una larga epístola; empero, cuando quise enviar el mensaje amoroso ya no estaba mi criado en el Hotel. ¿A dónde había ido? En vano le busqué en los lugares inmediatos: en vano me desesperaba esperándole, cuando caí en la cuenta de que quizás se hubiese marchado, sin pedirme previa licencia, a ver a su madre, la Señora Antonia, pobre mujer que le amaba con el más grande afecto y a quien él no veía desde dos años atrás. Y me pareció tan razonable aquella impaciencia filial, antes digna de loas que de recriminaciones, que opté tranquilamente por buscar un mensajero público para llevar a Amparo la tarjeta.

En otras circunstancias, el largo tránsito de la noche, término obligado de mi empeño amoroso, me hubiera puesto en la más terrible de las desazones; mas el continuo oír relatos de los sucesos de la mañana, el incesante escuchar comentarios, discusiones, profecías y glosas de la situación política y del grave problema que acababa de plantearse, me distrajeron de tal suerte, que acabé yo mismo por dejarme llevar por la corriente general de la excitación pública.

Y así, oyendo aquí, viendo más allá, discutiendo en un corrillo, preguntando por teléfono a varios amigos, y aun leyendo uno que otro boletín, logré reconstruir con alguna fidelidad y con no pocos detalles los sucesos de la mañana, que paso a relatar en seguida en sus rasgos más culminantes.